

Hacia una clínica del pasaje

Alejandra Ruíz Lladó

Recuerdo un ejemplo clínico presentado durante una conferencia dictada hace muchos años que, en aquel momento, me sorprendió por su justeza y también porque produjo cierta rebeldía en mí, dado que en la juventud uno reclama cambios rápidos y gestos esperanzadores. En aquella ocasión Gérard Pommier señaló que, si una analizante se había casado con un hombre que la maltrataba ocasional y verbalmente, antes de alentarla a una separación o avanzar en una ruptura, él intentaba que ella leyera el goce incestuoso que se jugaba allí puesto que, de lo contrario, luego de separarse iba a tener que buscar un nuevo esposo que la maltratara del mismo modo que el anterior. Hoy me atrevería a escuchar esa anécdota de un modo bien distinto al que la oí entonces, porque el análisis nos enseña a separar cada vez más nuestra ideología, por pertinente que sea, de las condiciones de goce y de vida para cada sujeto en análisis. Algo estaba reclamando su escritura en la escena de maltrato y, antes de cerrarle la puerta, era mejor invitarlo a decir su mensaje. No se trataba de una mirada escéptica –como quizá temí en aquel momento– sino de que un analista sabe que el mensajero, dicho en términos de Kafka, no es el mensaje y que si se echa a alguien por la puerta siempre puede volver por la ventana.

Freud nos da una pista: “[...] a menudo y con facilidad se tiene un efecto ominoso cuando se borran los límites entre fantasía y realidad, cuando aparece frente a nosotros como real algo que habíamos tenido por fantástico, cuando un símbolo asume la plena operación y el significado de lo simbolizado, y cosas por el estilo”.¹ Freud sitúa aquí uno de los vasos comunicantes que, en mi opinión, permite enlazar “Lo ominoso” y “Pegan a un niño”. En primer lugar, se presenta esta duplicidad de una escena fantaseada y una escena de la realidad y la problemática que implica el pasaje entre ambas. ¿Qué quiere decir que se borren los límites entre una escena y otra? ¿Cómo podemos situar, en relación con el fantasma de un niño pegado, el hecho de que aparezca en lo real una escena que habíamos tenido por fantástica?

¹ Sigmund Freud: “Lo ominoso”, en *Obras completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1979, vol. XVII., pág. 244.

“Puesto que la representación-fantasía «un niño es azotado» era investida regularmente con elevado placer y desembocaba en un acto de satisfacción autoerótica placentera, cabía esperar que también contemplar cómo otro niño era azotado en la escuela hubiera sido una fuente de parecido goce. No obstante, no sucedía así. Co-vivenciar escenas reales de paliza en la escuela provocaba en el niño espectador una peculiar emoción, probablemente una mezcla de sentimientos en los que la repulsa tenía participación considerable. En algunos casos el vivenciar objetivo de escenas de paliza se sentía como insoportable”.²

Freud agrega a estas consideraciones un aspecto muy importante: Que aun en las refinadas fantasías de años posteriores, una condición para gozar de esta fantasía es que los niños que recibían el correctivo no debían sufrir un daño serio. Tenían que ser, por así decirlo, criaturas sadianas, puesto que también el divino Marqués tenía como condición de goce que los terribles castigos aplicados a las muchachas no dejaran marcas ni lesiones. Es decir, el maltrato real interrumpe la construcción fantasmática, dejando al sujeto expuesto a la luz en la escena pública.

Recuerdo una bella joven que comienza el análisis relatando una escena de maltrato real que repite ciegamente, entregándose a relaciones con hombres muy fuertes, algunos boxeadores o fisicoculturistas, en los que por un lado busca el amor y, por el otro, será rápidamente lanzada a la calle, ya que no son justamente hombres cariñosos y dispuestos a cuidarla. La joven confecciona listas de alimentos que debe comer y tiene su ritual bulímico una, dos y hasta tres veces por día. Vive con su madre, amante de un político y educador conocido, que la sostiene económicamente, al mismo tiempo en que mantiene su matrimonio. Este hombre, casado con otra mujer, visita diariamente la casa de la joven y su mamá, haciendo visible la escena erótica que allí se juega con compras de lencería, comentarios, bebidas, que se juegan ante la analizante desembozadamente. Ella se culpa porque no acierta a cortar con ese goce del que lo sabe todo. La obscenidad de la situación alcanzará su punto más álgido cuando el amante de la mamá quiera ponerse el traje de educador y padre perverso y le regale a la joven un aditamento sexual para que ella misma aprenda a satisfacerse, puesto que considera que los desarreglos alimentarios de la joven tendrían su origen en su deficiente y triste vida sexual. El primer intento de suicidio será la respuesta y, de allí en más, sesiones y más sesiones de psiquiatras, psicólogos, hasta que llega a mi consulta. Advierto desde el primer momento su lucidez, su inteligencia. La lectura precisa del goce en el que estaba inmersa. También advierto que se

² Sigmund Freud: “Pegan a un niño”, en *Obras completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1979, vol. XVII, pág. 178.

culpa por no poder ponerse a distancia de lo obsceno y que toda esa lucidez no le sirve para nada. Advierto, también, que no cuenta con lo que necesita construir para poder separarse de esta escena y que varios tratamientos fracasaron porque, en el intento de que cortara con el goce incestuoso en el que estaba en gran riesgo, se la inducía a otro mayor, separarse de eso sin tener con qué, a veces buscando el apoyo de alguna relación con algún joven musculoso que, una vez más, la desamparaba del amor.

En *L'etourdit*, Lacan afirma: “metaforizaré con el incesto la relación que la verdad mantiene con lo real”. Una “verdad-toda” equivale a lo real incestuoso. Una verdad no toda, afirma Silvia Amigo, deja de lado la pretensión de abarcar lo real por completo, y entonces es ya velo, unarización y corte con lo real incestuoso. Cómo pasar de lo real incestuoso a la verdad no toda sin introducir allí el trabajo poético del inconsciente, el trabajo poético del análisis en la medida en que es preciso desrealizar ese goce arrasador en primer lugar desde la lengua misma en la que habla con oscura lucidez en la boca de la propia joven que, desalojada del segundo piso de la alienación, se refugia en la primera donde el único modo de salir del sentido, del cifrado del goce del Otro, del *jouissens* consiste en caer como *rien*, como lo abominable.

¿Podemos decir que, en tanto en un punto se pierde la dimensión metafórica del lenguaje, los límites entre fantasía y realidad podrían borrarse? ¿Es siniestro, y empuja al sujeto a caer, una escena que no deja lugar a lo íntimo, a lo privado y empuja a lo explícito? ¿Cómo construir esa distancia que haga de pasaje entre una escena “demasiado real” y esa otra que pondría un velo propiciatorio para que la verdad se diga no-toda? Solo la metáfora paterna –según la propuesta de Lacan– permite el borramiento de la cosa y da su poder al símbolo, su capacidad de irrealizar, es decir, de trasponer las cosas del orden real al orden simbólico haciéndonos capaces de tratar con su ausencia, o sea, con su presencia simbólica. En la neurosis, puede haber un punto en el que, estado inscripta la metáfora paterna, el sujeto no cuente con el significante del Nombre del Padre para barrar el goce incestuoso de la madre.

A través de dos sueños y una caída al piso en la escena pública, la analizante podrá despegar de esa toda verdad hacia otras escenas donde la indeterminación, el lugar de la mirada, la operación poética le permitan despegarse hacia un nuevo espacio donde la desfiguración sea posible y resulte, al fin aliviada del peso del incesto entre esa toda verdad y lo real.

La anécdota, tal como yo la recuerdo, adolece de cierto exceso y seguramente en aquel tiempo en que la escuché de Pommier mismo no eludí magnificar el influjo de un analista sobre un

analizante. Sin embargo, hoy en día, quisiera advertir que escucho en algunos jóvenes analistas cierta premura por cortar el goce incestuoso de los análisis que conducen, con ese fervor que dan los ideales propios y las mejores razones de economía libidinal, algo que no siempre le ofrece al sujeto en análisis el tiempo que necesita para producir los significantes, formaciones del inconsciente, un recorte del objeto en juego en el fantasma con los cuales separarse de ese goce y poder reorientarse en su deseo.

Si es cierto que el fantasma se confiesa, los analizantes que –adhiriendo a este discurso de época, pero también a cierto modo de expresarse propio de la estructura– parecen acortar las distancias y proclamar aquello que, en principio, debería ser dicho en voz baja, requieren que el analista restablezca la condición de ficción del fantasma, la importancia de la construcción de ese velo que cubre y señala lo real. No se trata de culpabilizar ni de desculpabilizar al sujeto por su modo de goce, ya que no hay otro modo de entrada en el fantasma que, haciéndose objeto de goce, luego causa de deseo.

¿Pero de qué modo la alienación hace que el sujeto pase a ser el objeto de la acción que Lacan define con un “yo no pienso”? ¿Cómo se produce en el análisis este pasaje de la tercera a la primera persona cuya caída se escribirá como “yo no soy”? Este es un punto muy importante destacado por Freud que, antes que censurar, plantea el enigma del deseo que allí se sitúa. Solo después de la construcción del segundo tiempo el sujeto podrá elegir hacerse responsable por su deseo. Sin este injerto en la estructura psíquica, el pasaje entre el primer y tercer tiempo será un salto al vacío. Sería algo así como construir una casa donde no hubiera pasillos ni corredores³ y uno pasara de la cocina al baño o a la sala sin transitar un espacio de puro pasaje donde no prima ni una ni otra cara de la realidad, sino tan solo el momento en que la moneda se da vuelta.

Hay entonces un tiempo de espera activa, durante el cual el analista debe abstenerse, aguardar que el analizante produzca las formaciones del inconsciente que le permitirán leer su posición. No se trata de que un cifrado de goce pueda ser conmovido sin atravesar la angustia ante la castración del Otro, a la que esa misma escritura del fantasma había sido un modo de respuesta. Que el sujeto avance en la vía de su deseo y pueda, acompañado por el analista, elegir hacerse

³ “Cada uno tiene su lugar. Si ustedes quieren precisiones, para la fobia puede ocurrir en el ropero, en el corredor o en la cocina. Para la histeria puede ocurrir en los locutorios, en los locutorios de los conventos de moda; para la obsesión puede pasar en las letrinas: préstenles atención a estas cosas completamente corrientes e importantes” (Jacques Lacan: *El Seminario, Libro XIV: La lógica del fantasma*, clase del 21 de junio de 1967, inédito).

responsable de él no implica que deba acentuarse la culpa que, señalando la presencia de un goce incestuoso, el sujeto padece de por sí. De enfatizar esta culpa –que es estructural– es probable que el armado fantasmático se retrotraiga a un estado anterior, se interrumpa el análisis o se reenvíe la cuestión al superyó, que de algún modo castigaría al yo por haberse colocado en la posición del niño maltratado en lugar de reescribir lo que allí se estaba jugando. De intentar aliviarla, sabemos que –como muy bien lo ha advertido Freud y Lacan, al hablar de “hacerse culpable de lo real”- tampoco eso serviría, puesto que el sujeto sabe que cualquier argumento que intente “des-culpabilizarlo” sería un argumento falaz, inútil y que puede afectar la transferencia.

Precisemos ahora una pregunta clínica: ¿cuándo un velo es lo bastante eficaz para que un sujeto ponga una distancia suficiente con lo real? ¿Cuándo lo real se presenta sin pudor como obscenidad en la escena y enfrenta al sujeto con un “¡goza!” al que no puede responder sino con un “¡oigo!”? ¿Cuánta angustia⁴ puede tolerar un sujeto, sin precipitarse en el *acting out* o en el pasaje al acto? A este tipo de cuestiones y problemas nos ha enfrentado Gérard Pommier a lo largo de muchas de sus intervenciones donde siempre supo disolver lugares consagrados y cristalizados y conmover los lugares comunes, para apuntar el valor vital del psicoanálisis y orientar a los analistas hacia el despertar.

.....

.....

.....

⁴Dice Freud: “Si la teoría psicoanalítica acierta cuando asevera que todo afecto de una moción de sentimientos, de cualquier clase que sea, se transmuta en angustia por obra de la represión, entre los casos de lo que provoca angustia existirá por fuerza un grupo en que pueda demostrarse que eso angustioso es algo reprimido que retorna” (Sigmund Freud: “Lo ominoso”, en *Obras completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1979, vol. XVII., pág. 240). Si bien es cierto que para Lacan todos los afectos se transforman en angustia, no lo es menos que esa lectura lacaniana tiene una fuente de inspiración decisiva en esta afirmación de Freud.